

**La Venida
de Cristo
Demorada
¿Por Qué?**



**La Venida
de Cristo Demorada
¿Por Qué?**

F. T. Wright

Publicado por la:
COMUNIDAD ADVENTO-REPOSO-SABATICA

Producción y despacho:
Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft
Waldstrasse 37
D-57520 Dickendorf
Alemania

Título original en inglés:
Christ's Coming Delayed — Why?

Primera edición:
Julio 2000

(Christ's Coming Delayed — Why? Spanish edition)

La Portada:

Durante mucho tiempo el pueblo de Dios ha esperado la gloriosa aparición del Salvador de los hombres. Esa esperanza es semejante a una luz que brilla en el espacio. Pero el tiempo se demora y Jesús no ha venido todavía. Nubes oscuras anunciando el fin de este mundo, llenan el firmamento. Muchos esperan que el importante evento tome lugar: Algunos en la luz de una anhelada esperanza, otros en la oscuridad del temor.

¿Cuánto más tenemos nosotros que esperar? ¿Por qué se ha demorado la venida de Cristo? Hay una buena razón para la demora, y la falta no ha de ser hallada por parte de Dios sino por parte nuestra. Cuando entendamos la razón de la demora, y cómo podemos conducirla a su final, Cristo vendrá muy pronto.

Que cada uno de nosotros halle la respuesta a este importante asunto, y mire con fe el radiante y pronto regreso del Señor.

Índice

Introducción	7
La Venida de Cristo Demorada	11
— La iglesia tiene que desempeñar su parte	13
— Ninguna falta en Dios	15
— Una seria responsabilidad	17
— Un preciosísimo mensaje.	21
— Odiado por el ministerio	24
— Se menosprecia la verdadera religión	27
— Otros testimonios.	30
— A. G. Daniells	33
— Taylor G. Bunch.	34
— Ernest D. Dick	36
— Tan generalmente reconocido	37
— El blanco principal de Satanás	37
— ¿Qué tiene que ver esto con nosotros?	39
— Confesión requerida	43
— La actitud de la Asociación General hoy	48
— Su resuelta negación a confesar	50
— ¿Qué ahora?	55
— No más demora	57

Introducción

La información recogida en este material cautivará la atención de toda alma verdaderamente honesta cuyo principal anhelo es ver a Jesús venir en la gloria de su Padre y la de los santos ángeles. La expectativa adventista ha sido siempre de una aparición inminente; a pesar de todo, décadas siguen a décadas sin su cumplimiento. Miles que esperaron vivir para ver la venida de Cristo, han ido a sus tumbas frustrados, mientras que los vivos continúan deseando y esperando, deseando y esperando.

El continuo fracaso de estas constantes y prolongadas anticipaciones demandan que se saquen conclusiones en cuanto a por qué esto está pasando. Una posible respuesta es que todos hemos sido víctimas de una fábula sutilmente ideada; que las interpretaciones de la profecía han sido erróneas, y que nosotros hemos sido astutamente engañados.

Tal posición tiene que ser rechazada, porque los fundamentos de la fe adventista se echaron profunda y sólidamente sin la posibilidad que sean un engaño. Las promesas de Cristo son seguras. Ha declarado que vendrá otra vez y vendrá, tan pronto como sea esto posible.

Lo más significativo de todo esto es que Cristo hubiera venido antes, si su pueblo hubiera cumplido su parte señalada. El hecho de que no haya

aparecido, no es un indicio de debilidad en la promesa o fracaso por parte de Cristo para cumplirla. La falta se encuentra enteramente en cualquier otra parte. La verdad de esto se enfatiza en las Escrituras, cuyas declaraciones pertinentes están citadas en las páginas siguientes.

Debido a que hay una razón real para la demora del regreso de Cristo, no hay esperanza de esa gloriosa aparición, hasta que este problema se haya rectificado. Tan ciertamente como no hay fallas por parte de Cristo, la dificultad tiene que estar en otra parte. Una investigación tiene que ser hecha hasta que la naturaleza, la ubicación y la solución se hayan determinado.

Esto no es algo que puede dejarse para que otro lo haga. Existe la tendencia peligrosa de descansar seguros sobre la suposición de que los hombres en alta posición tienen todas las respuestas, y que estas serán entregadas en el tiempo apropiado. Todo el que dependa de la mente de otro, para resolver tales problemas críticos de consecuencias eternas como éstas, se extraviará tarde o temprano.

Aunque no sea plenamente visible en este momento, cuando ninguna prueba especial está obviamente urgida sobre nosotros, permanece aún la responsabilidad individual de investigar personalmente estas cosas con profundidad y detalle. Cada uno debe “estudiar para mostrarse aprobado por Dios”; cada uno debe ser capaz de dar una respuesta por sí mismo.

Estamos precisamente en el tiempo cuando, si

la venida del Señor no debe demorar más, cada seguidor profeso de Cristo tiene una parte vital que desempeñar. Si esta obra es fiel y plenamente hecha, entonces el Señor vendrá. Si no, entonces no puede venir hasta que lo sea. Por lo tanto, primero tiene que ser obtenida una clara comprensión de la naturaleza, la ubicación y solución del problema. Esto dará a cada uno una nítida visión de lo que es su deber individual, y debe inspirarlo con resolución para cumplirlo, no importa lo que implique el costo o el sacrificio.

La elección descansa sobre nosotros. O nosotros continuamos el patrón del pasado y demoramos el advenimiento indefinidamente, o entramos en los caminos y voluntad de Dios y la apresuramos grandemente. El prospecto oscuro de pasar el resto de nuestras vidas en un mundo de permanente deterioro y dejarlo a nuestros hijos y a los hijos de ellos, debe ser incentivo suficiente para estimular a todos a una acción específica y concertada en la dirección correcta.

Este mensaje contenido en estas páginas está designado a proveer tal información, junto con el estímulo a ceñir los plenos poderes de la mente y el alma para corregir el trágico desvío del pasado.

Que Dios nos ayude para que la venida de Cristo no se tarde más.

La Venida de Cristo Demorada

Más de ciento cincuenta y tres años han pasado, desde que el mensaje del segundo advenimiento comenzó a predicarse en el mundo. La nota clave de ese mensaje era que Cristo iba a venir muy pronto, tan rápido, que la preparación más urgente e inmediata bastaría para que el pueblo estuviera listo para recibirlo. La expectativa se centró primero en una fecha específica; es decir, el 22 de octubre de 1844, cuando creían que Dios aparecería y los justos serían trasladados al cielo.

Los adventistas fueron amargamente desilusionados, porque no entendieron el verdadero significado de la purificación del santuario, pero el Señor les dio luz sobre el asunto, y salieron a “profetizar otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (*Apocalipsis* 10:11). Todavía la proclamación de la hora, con poder y celo, era que el Señor venía pronto, y todo creyente esperaba verlo en su propio tiempo. Maravillosas fueron la abnegación y devoción a la causa de la verdad, mostrados por los pioneros adventistas, y bueno habría sido si ese espíritu hubiera continuado.

Pero un relajamiento progresivo de celo y conscientización marcó el surgimiento de la segunda, tercera y cuarta generaciones. Ellas perdieron de vista la verdad de que la venida de Cristo es apresurada o demorada por la actitud de la iglesia, porque si el pueblo se aparta de dar todo lo mejor que puede al servicio de Dios, para dedicar su tiempo, su energía y su dinero a los intereses terrenales, entonces la venida se demora y se demora. No menos que la consagración total a Dios, conforme a sus caminos, llevará la obra hasta el final.

Esta verdad fue firmemente entendida en los primeros días y establecida claramente en el Espíritu de Profecía, pero a medida que el tiempo pasaba y el entusiasmo por la obra murió, una nueva filosofía fue establecida para justificar la actitud indiferente de espera. Se enseñó que Dios había fijado una fecha predeterminada e inalterable para su regreso, desconocida para nosotros, y todo lo que los creyentes debían hacer era esperar que ese día llegara. Así creció la creencia entre los adventistas de que nada de lo que ellos hicieran cambiaría la fecha, que vendría cuando se programara, y que habían de estar listos para ello, y todo estaría bien. Semejante enseñanza dio origen a una complacencia entre los miembros, y la iglesia se puso a dormir hasta que el último llamado anunciara la venida inmediata del esposo. Entonces sería el tiempo de aparejar las lámparas y salir para encontrarlo.

La iglesia tiene que desempeñar su parte

De ninguna manera esta es la enseñanza de las Escrituras las cuales establecen claramente que el pueblo de Dios, ellos mismos, son los que han de apresurar la venida del Señor, porque tienen una obra definida para hacer. El Señor no puede regresar hasta que la obra sea hecha. Hace mucho tiempo el apóstol Pedro declaró esto con estas claras palabras:

“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!” (2 Pedro 3:11, 12).

Esta es la verdad, y repetidas veces el Espíritu de Profecía declara este mismo punto:

“Mediante la proclamación del Evangelio al mundo, está a nuestro alcance apresurar la venida de nuestro Señor. No sólo hemos de esperar la venida del día de Dios, sino apresurarla. 1 Pedro 3:12. Si la iglesia de Cristo hubiese hecho su obra como el Señor le ordenaba, todo el mundo habría sido ya amonestado, y el Señor Jesús habría venido a nuestra tierra con poder y grande gloria” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 587, 588). (Escrito en 1898).

“Si todos los que habían trabajado unidos en la obra de 1844 hubiesen recibido el mensaje del

tercer ángel, y lo hubiesen proclamado en el poder del Espíritu Santo, el Señor habría actuado poderosamente por los esfuerzos de ellos. Raudales de luz habrían sido derramados sobre el mundo. Años haría que los habitantes de la tierra habrían sido avisados, la obra final se habría consumado, y Cristo habría venido para redimir a su pueblo.

“No era la voluntad de Dios que Israel peregrinase durante cuarenta años en el desierto; lo que él quería era conducirlo a la tierra de Canaán y establecerlo allí como pueblo santo y feliz. Pero ‘no pudieron entrar a causa de incredulidad’ (Hebreos 3:19). Perecieron en el desierto a causa de su apostasía, y otros fueron suscitados para entrar en la tierra prometida. Asimismo, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se dilatará tanto, y que su pueblo permaneciese por tantos años en este mundo de pecado e infortunio. Pero la incredulidad lo separó de Dios. Como se negara a hacer la obra que le había señalado, otros fueron los llamados para proclamar el mensaje. Por misericordia para con el mundo, Jesús difiere su venida para que los pecadores tengan oportunidad de oír el aviso y de encontrar amparo en él antes que se desate la ira de Dios” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 511).

“Si esos que pretenden tener una experiencia viva en las cosas de Dios hubieran hecho su trabajo señalado como el Señor ordenaba, todo el mundo habría sido amonestado antes de esto, y el

Señor Jesús habría venido con poder y gran gloria” (*The Review and Herald*, 6 de octubre, 1896).

“Si la obra que Dios señaló se hubiera hecho, las condiciones de las cosas en nuestro mundo ahora serían diferentes. Pero los seguidores profesos de Cristo están dormidos; las iglesias no han cumplido el solemne encargo puesto sobre ellas. Los hombres puestos como atalayas se han dormido en su puesto del deber, muchos rehusan ser despertados. Ellos no están cumpliendo la comisión del Evangelio” (*Loma Linda Messages*, págs. 47, 48. 19 de enero, 1908, edición mimeografiada).

“Si cada soldado de Cristo hubiese cumplido su deber, si cada centinela puesto sobre los muros de Sion hubiese tocado la trompeta, el mundo habría oído el mensaje de amonestación. Mas la obra ha sufrido años de atraso. Entretanto que los hombres dormían, Satanás se nos ha adelantado” (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 9, pág. 24).

Ninguna falta en Dios

Estas declaraciones que describen al pueblo de Dios bajo su mando, hacen muy claro que el plan de Dios para ellos era estar fuera de este mundo y que estuvieran en la Canaán celestial en este mismo momento. Que ellos no lo estén, no es falta de Dios, porque ha hecho todas las cosas necesarias por su parte. El problema es el fracaso del pueblo de Dios. Por lo tanto, no acusemos a Dios de esto, sino pongamos la culpa con toda honestidad donde

ella pertenece, sobre nuestras propias cabezas. Hacer esto significa más que reconocer simplemente el problema y sus causas. Significa estudiar para ver en dónde nosotros hemos fallado, y dar pasos definitivos para rectificar el error.

“Durante cuarenta años, la incredulidad, la murmuración y la rebelión impidieron la entrada del antiguo Israel en la tierra de Canaán. Los mismos pecados han demorado la entrada del moderno Israel en la Canaán celestial. En ninguno de los dos casos faltaron las promesas de Dios. La incredulidad, la mundanalidad, la falta de consagración y las contiendas entre el profeso pueblo de Dios nos han mantenido en este mundo de pecado y tristeza tantos años” (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 78).

“Tal vez tengamos que permanecer aquí en este mundo muchos años debido a la insubordinación, como les sucedió a los hijos de Israel; pero por amor de Cristo, su pueblo no debe añadir pecado sobre pecado culpando a Dios de las consecuencias de su propia conducta errónea” (Carta 184, 1901), (*Evangelismo*, pág. 505).

“La lección de este registro [de Israel vagando por el desierto] es para nosotros. El Señor había preparado el camino delante de su pueblo. Estaban muy cerca de la tierra prometida. Un corto tiempo y ellos hubieran entrado a Canaán. Ellos mismos demoraron la entrada . . . Si hubieran puesto su confianza en Dios, podrían haber entrado directamente. Dios habría ido delante de ellos . . .

Hermanos y hermanas, de la luz que se me dio, sé que si el pueblo de Dios hubiera preservado una conexión viviente con El, si hubieran obedecido su Palabra, ellos pudieran estar hoy en la Canaán celestial” (*Boletín de la Conferencia General*, 9, 1903).

Una seria responsabilidad

Los cargos puestos en estas declaraciones son muy serios. No puede haber duda de la verdad de ellos porque son hechos por el Señor y El conoce todas las cosas y sólo habla lo que es verdad. El lo ha dicho. Todo lo que nosotros podemos hacer es reconocerlo, no importa cuán desagradable pueda ser a nosotros la idea. Triste es decirlo, una cosa que la naturaleza humana halla difícil de aceptar es la verdad acerca de sí misma. Inmediatamente se presenta esto, aunque sea por Dios mismo para el bien y la salvación misma de la persona, ella buscará protegerse de la verdad inoportuna.

Esto sólo empeora la situación, porque no importa cuán desagradable es la revelación, la aceptación de ella es necesaria, antes que el proceso de sanidad pueda comenzar. Afrontemos cándidamente el hecho por nosotros mismos, reconociendo que esto es un asunto individual. Cuando el Señor viene a la iglesia de Laodicea, dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (*Apocalipsis* 3:20).

Este texto no dice que el Señor está esperando que toda la iglesia se arrepienta. El llamado es para el individuo, y, si toda la iglesia falla en prestar atención a la voz que amonesta, el Señor espera que el individuo responda y permita que el Salvador entre. Poniendo nuestra confianza en la iglesia en general y esperar que actúe antes que nosotros estemos preparados para seguir, no nos excusará en el día del juicio.

Muchos argumentos o cursos de acción pueden ser adoptados para justificar a la iglesia sobre esta demora. Habrá una tendencia a proclamar la actividad mundial, el constante crecimiento, el aumento de riquezas, el crecimiento de miembros y de las dádivas generosas como evidencia de que esa iglesia esta haciendo lo mejor de su parte, y que se esfuerza para realizar más todavía. Este concepto concede a la mayoría abrigar un sentido de seguridad, la alentadora seguridad de que todo lo que se necesita ahora es un esfuerzo extra, para empujar la causa sobre la cima de la montaña dentro de la tierra prometida.

Otra vez, allí permanece el incesante testimonio del tiempo. Los años están pasando en constante progresión, y la lluvia tardía, con la cual la obra será terminada, no se ha derramado. Una evaluación cándida de las condiciones en la iglesia reconocerá que la condición espiritual necesaria para el derramamiento del poder del cielo es reducida, no está madura. En la escena del mundo, están naciendo más multitudes de las que

están siendo alcanzadas por el mensaje adventista. Se está perdiendo terreno, no ganando, así que la iglesia hoy está más lejos de cumplir su comisión, que en cualquier otro tiempo en el pasado.

No hay sugerencia aquí de que la iglesia no está trabajando duro, en una resuelta postura para terminar la obra de pregonar la comisión del Evangelio al mundo. Al contrario, ella trabaja con gran energía, intensidad y perseverancia. Posiblemente, ninguna otra organización en el mundo está laborando más arduamente que ella.

Pero el testimonio del tiempo declara que todo este trabajo no logra el objetivo estipulado. Algo está faltando. Ya se ha confirmado que la deficiencia no está en el esfuerzo, de modo que el problema tiene que estar en otra dirección. Esto confirma el principio de que no sólo el esfuerzo debe estar allí, sino tiene que ser dirigido en la manera correcta. Un hombre puede gastar mucha energía tratando de derribar un bosque gigante, pero a menos que el esfuerzo sea dirigido por el uso de las herramientas correctas y de la manera correcta, él realizará poco o nada y nunca logrará su objetivo.

Así mismo, la iglesia puede dedicar todo su tiempo y energía a su tarea, pero a menos que esto sea invertido de la forma correcta, la meta nunca podrá ser lograda. Entonces, no es un caso de empuje supremo y final para impulsar el movimiento sobre la montaña dentro de la tierra prometida. Más bien, es un caso de hacer cambios profundos y fundamentales que habilitará al gran poder de

Dios para aumentar el esfuerzo de la humanidad para terminar la obra. Haciendo más obra de la que se ha estado haciendo, de la misma forma en la que está siendo hecha, no es la respuesta.

Posiblemente, nada es más difícil de lograr que convencer a una persona dedicada por mucho tiempo a la causa, que los métodos a los que se ha entregado tan profundamente, se han de abandonar en favor de un programa plenamente revisado. Para llegar a un cese total y a una reforma, el proceder completo desde el principio hasta el final, no es natural para un ser humano. Es mucho más fácil y más cómodo continuar en los viejos caminos.

Con todo, el tiempo ha llegado cuando esta resistencia a cambiar tiene que ser vencida. El hecho de que a ninguna parte nos conduzca toda la devoción y actividad, tiene que ser reconocido, aceptado y ponderado. Por fuera de esta profunda, honesta y cándida consideración de la situación, tiene que emerger una aceptación de la solución divina al apuro, y una decisión de que no importa cuán grande sea el costo personal, nosotros seguiremos la dirección del Salvador. El fracaso de hacerlo así, involucra a cada individuo en consecuencias tan terribles para reflexionar. Significaría que la comisión para terminar la obra pasaría a otras personas, mientras que el pueblo adventista continúa tan ciego como los judíos, que creen todavía que tienen la verdad y la comisión divina para predicarla al mundo.

Significaría no tener parte en la última obra y no

tener lugar en las mansiones eternas. Ciertamente, tales implicaciones como éstas tienen que despertar a toda persona a estudiar la situación ferviente, intensa y deliberadamente, con la decisión de que ningún descanso se tomará hasta que las respuestas sean halladas y se actúe respectivamente.

Un preciosísimo mensaje

Que éste no sólo es un asunto de poner más esfuerzo en lo que ya se ha hecho, sino que requiere un cambio completo y drástico, es evidente por el testimonio de la historia. En la historia del pueblo adventista fue un evento significativo, el cual trajo una prueba y una desviación crítica al Movimiento Adventista. Este fue la llegada del mensaje de justicia por la fe en 1888, por medio de los pastores Waggoner y Jones.

Que este fue en verdad un mensaje enviado de Dios, se hace claro en los siguientes Testimonios de Dios por medio de la hermana White.

“En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus

ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano. Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu” (*Testimonios para los Ministros*, págs. 91, 92).

“Cuando el hermano Waggoner expuso estas ideas en Minneapolis, fue la primera y clara enseñanza sobre este tema que yo haya oído de labios humanos, con excepción de las conversaciones entre mi esposo y yo”. Sermón entregado en Roma, New York, 19 de junio, 1889. (Manuscrito 5, 10).

La declaración citada de *Testimonios para los Ministros*, informa que el mensaje dado al pueblo de entonces, era “el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu”.

En otras palabras, este es el mensaje del fuerte pregón. Este es la herramienta por la cual la obra será terminada bajo la ministración del Espíritu Santo. El pueblo que tiene ese mensaje en teoría y experiencia será el medio por el que se hará esta obra, porque ciertamente el que no tiene este mensaje del fuerte pregón, no puede dar el fuerte pregón.

Por lo tanto, el mensaje había de ser enseñado primero al pueblo de Dios antes que él pudiera llevarlo a otros. El mensaje había sido parcialmente

recibido en la revelación del primero, del segundo y del tercer ángel de *Apocalipsis* capítulo 14, pero se requirió el mensaje de *Apocalipsis* capítulo 18 o el cuarto ángel, para completar el mensaje del fuerte pregón. En la Conferencia General celebrada en Minneapolis en 1888 y durante años después, Dios envió esa fase complementaria y final del mensaje del fuerte pregón con la intención de enseñarlo primero al pueblo adventista. Entonces habiéndolo recibido en teoría y experiencia, ellos debían ser llenos del poder del Espíritu Santo y salir para proclamarlo al mundo.

Es muy importante que se comprendan estas dos fases del fuerte pregón. De las dos, la segunda fase es más espectacular, porque es entonces cuando el gran poder del Espíritu Santo descien- de para hacer la proclamación efectiva.

Mientras el mensaje traído a favor de Dios bajo su poder y dirección por medio de los pastores Waggoner y Jones era el mensaje del fuerte pregón, la primera etapa había comenzado entre el pueblo adventista de entonces. Tan ciertamente como esa etapa había comenzado, la segunda etapa habría seguido tan pronto como la obra de la primera hubiera terminado.

Que la primera etapa había comenzado se hace claro en estas palabras: “El tiempo de prueba es inminente, porque el fuerte clamor del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria

llenará toda la tierra” (*Comentario Bíblico ASD*, tomo 7, pág. 995).

Claramente, la primera etapa había comenzado y así la segunda etapa debió haber seguido. Pero no lo hizo y no lo ha sido hasta hoy. Los hechos históricos exponen esto muy claramente que ninguno puede reclamar de otro modo. El fuerte pregón no se ha promulgado todavía a todo el mundo. Ese es un hecho. Pero se habría hecho hace tiempos si el mensaje del fuerte pregón hubiera sido recibido por el pueblo de Dios. Ese era el mensaje destinado a prepararlos para la obra de dar el último mensaje de amonestación al mundo. Si lo hubieran recibido, entonces habrían salido enseguida llevando ese mensaje hasta su fin. La espantosa magnitud de la tragedia implicada en ese rechazo, nunca podrá ser evaluada por los seres humanos en esta vida. Es tan enorme e inasequible para que esto sea posible.

Pero si el pueblo de Dios hubiera afrontado honestamente la situación, reconociendo dónde la iglesia se había extraviado, y hubiera dado los pasos necesarios para corregir el error, entonces la venida de Cristo no demoraría más.

Odiado por el ministerio

El mensaje, en vez de ser recibido con alegría, fue atacado por los hombres mismos que debieron ser los primeros en aceptarlo: los ministros y los líderes de la iglesia. Así como los fariseos rechaza-

ron el mensaje salvador de Cristo y su justicia, así también lo hicieron los líderes de la iglesia en 1888. Esta es la explícita declaración de Dios para nosotros como se registra en el Espíritu de Profecía. Como Dios es verdad y sabe lo que está diciendo, nosotros tenemos que aceptar lo que está escrito aquí como la verdad.

“Pregunto a los que ocupan puestos de responsabilidad en Battle Creek: ¿Qué estáis haciendo? Le habéis dado al Señor la espalda, y no el rostro. Debe haber una limpieza del corazón, de los sentimientos, de las simpatías, de las palabras, con referencia a los asuntos más importantes: Jehová Dios, la eternidad, la verdad. ¿Cuál es el mensaje que ha de ser dado en este tiempo? Es el mensaje del tercer ángel. Pero la luz que ha de llenar toda la tierra con su gloria ha sido despreciada por algunos que pretenden creer la verdad presente. Cuidad cómo la tratáis. Quitad vuestro calzado de vuestros pies, porque estáis en tierra santa. Guardaos de transigir con los atributos de Satanás, y arrojar menosprecio sobre la manifestación del Espíritu Santo. Yo sé solamente que algunos ya ahora han ido demasiado lejos para volver y para arrepentirse” (*Testimonios para los Ministros*, pág. 89, 90).

“Yo nunca puedo olvidar la experiencia que nosotros tuvimos en Minneapolis, o las cosas que me fueron reveladas con relación al espíritu que controló a los hombres, las palabras pronunciadas, las acciones hechas en obediencia a los poderes del

mal . . . Ellos fueron movidos en la reunión por otro espíritu, y sabían que Dios había enviado a estos hombres jóvenes a llevarles un mensaje especial que ellos trataron con ridículo y desprecio, no conociendo que las inteligencias celestiales miraban sobre ellos.

“Yo sé que en ese momento el Espíritu de Dios fue insultado” (Manuscrito 24, 1992 citado de *1888 Re-examined*, pág. 17).

“Los prejuicios y opiniones que prevalecieron en Minneapolis no han desaparecido de ninguna manera; las semillas que se sembraron allí en algunos corazones están listas para brotar y producir una cosecha semejante. La parte superior fue cortada, pero nunca se desarraigaron sus raíces, y todavía producen su fruto impío para emponzoñar el juicio, pervertir las percepciones y cegar el entendimiento, con respecto al mensaje y los mensajeros, de a aquellos con quienes os relacionáis. Cuando, mediante una confesión cabal, destruyáis la raíz de amargura, veréis luz en la luz de Dios. Si no hacéis esta obra a conciencia, jamás purificaréis vuestras almas. Necesitáis estudiar la Palabra de Dios con un propósito definido, no para confirmar nuestras propias ideas, sino para poderlas, para que sean condenadas o aprobadas según estén o no de acuerdo con la Palabra de Dios. La Biblia debiera ser vuestra constante compañera. Deberais estudiar los testimonios, no para escoger ciertas declaraciones a fin de usarlas como os parezca, para fortalecer nuestros asertos,

mientras desoís las declaraciones más claras dadas para corregir vuestra conducta.”

Se menosprecia la verdadera religión

“Nos hemos apartado de Dios y no se ha realizado todavía la obra ferviente de arrepentimiento y recuperación de nuestro primer amor, indispensable para que volvamos a Dios y a fin de lograr la regeneración del corazón. La infidelidad se ha estado infiltrando en nuestras filas, pero está de moda apartarse de Cristo y dar lugar al escepticismo. Para muchos, el clamor de su corazón ha sido: ‘No queremos que éste reine sobre nosotros’. Baal, Baal, eso han elegido. La religión de muchos será la del apóstata Israel porque aman su propio camino y olvidan el camino del Señor. La verdadera religión, la única religión de la Biblia, que enseña el perdón sólo por los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, que propugna la justicia por la fe en el Hijo de Dios, ha sido menospreciada, criticada, ridiculizada y rechazada. Se la ha acusado de inducir al entusiasmo y el fanatismo. Pero sólo la vida de Jesucristo en el alma, el principio activo del amor impartido por el Espíritu Santo, dará fruto para buenas obras. El amor de Cristo es la fuerza y el poder de todo mensaje a favor de Dios que alguna vez haya salido de labios humanos. ¿Qué fruto nos aguarda si no llegamos a la unidad de la fe?” (*Testimonios para los Ministros*, págs. 467, 468).

“La falta de voluntad para renunciar a opiniones preconcebidas y aceptar esta verdad fue la principal base de la oposición manifestada en Minneapolis contra el mensaje del Señor expuesto por los hermanos E. J. Waggoner y A. T. Jones. Suscitando esa oposición, Satanás tuvo éxito en impedir que fluyera hacia nuestros hermanos, en gran medida, el poder especial del Espíritu Santo que Dios anhelaba impartirles. El enemigo les impidió que obtuvieran esa eficiencia que pudiera haber sido suya para llevar la verdad al mundo, tal como los apóstoles la proclamaron después del día de Pentecostés. Fue resistida la luz que ha de alumbrar a toda la tierra con su gloria, y en gran medida ha sido mantenida lejos del mundo por el proceder de nuestros propios hermanos” (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 276).

Esta declaración nos dice que fue la situación “de nuestros propios hermanos” lo que impidió en ese tiempo que el mensaje avanzara al mundo con poder. Por lo tanto, esos hermanos no estaban de parte del Señor sino de parte de Satanás. No sólo eran ellos ministros, sino eran ministros líderes incluyendo al presidente de la Asociación General, el pastor G. Butler. Esto se hace claro por el testimonio siguiente de la hermana White:

“Vez tras vez presenté mi testimonio de una manera clara y enérgica a los reunidos, pero el testimonio no fue recibido. Cuando llegué a Battle Creek, repetí el mismo testimonio en

presencia del pastor Butler, pero no hubo nadie que tuviera el coraje para ponerse a mi lado y ayudar al pastor Butler a ver que él, así como otros, habían tomado la posición equivocada . . . El prejuicio del pastor Butler fue más grande después de oír los varios reportes de nuestros hermanos administradores en la reunión de Minneapolis” (*Materials of Ellen G. White* 1888, pags. 251, 252).

Los hombres que se interpusieron entre el pueblo y la luz eran hombres muy responsables, pero eran de este modo “falsos postes indicadores que señalan el camino equivocado” (*Testimonios para los Ministros*, pág. 97).

“Algunos han estado cultivando odio contra los hombres a quienes Dios ha comisionado para presentar un mensaje especial al mundo. Comenzaron esta obra satánica en Minneapolis. Más tarde, cuando vieron y sintieron la demostración del Espíritu Santo que testificaba que el mensaje era de Dios, lo odiaron aún más, porque era un testimonio contra ellos. No quisieron humillar sus corazones para arrepentirse, para dar gloria a Dios y reivindicar la justicia. Continuaron con el mismo espíritu, llenos de envidia, de celos y de malas sospechas, como los judíos. Abrieron sus corazones al enemigo de Dios y del hombre. Sin embargo, estos hombres han estado ocupando puestos de confianza y han estado modelando la obra a su propia semejanza, hasta el punto en que les fue posible . . .” (*Id.*, págs. 79, 80).

Otros testimonios

Ha habido una gran cantidad de debate que el mensaje fue recibido. Las declaraciones citadas antes no dan ciertamente esta impresión. Como ellas son la voz de Dios para su pueblo, y como El conoce más que cualquiera lo que es la verdad, cuando dice que el mensaje no fue aceptado, nosotros tenemos que creerlo.

No sólo el Señor habla por medio del profeta, como lo ha hecho en las declaraciones anteriores, sino que habla también por medio del mensajero de su propia elección, y declarará por medio de él si el mensaje ha sido o no recibido. Si hay alguno aparte del profeta, que comprende justamente lo que es el mensaje, y si es aceptado por aquellos a quienes se envió, es el mensajero quien llevó el mensaje del Señor. Así que volvemos para ver lo que A. T. Jones tiene para decir acerca de la recepción del mensaje:

“Ningún hombre de nosotros ha sido capaz de soñar todavía las maravillosas bendiciones que Dios tenía para nosotros en Minneapolis, y de las que hemos estado gozando estos cuatro años, si los corazones hubieran estado listos para recibir el mensaje que Dios envió. Nosotros habríamos estado cuatro años adelantados. Habríamos estado en la mitad de las maravillas del fuerte pregón, esta noche. ¿No nos dijo el Espíritu de Profecía allí en ese momento que la bendición estaba pendiendo sobre nuestras cabezas? Hermanos, vosotros lo sa-

béis bien”(Boletín de la Conferencia General de 1893, No. 9, 183).

“No puedo ahora mencionar a nadie que aceptara la verdad en esa reunión de 1888 abiertamente (además de Elena White, por supuesto). Pero más tarde muchos dijeron que fueron grandemente ayudados por ello. Un hombre de Battle Creek dijo en esa reunión después de una de las reuniones del Dr. Waggoner: ‘Ahora nosotros pudiéramos decir amén por todo aquello, si eso fuera todo lo que hubo. Pero allá en lo profundo hay todavía algo más por venir. Y esto ha de guiarnos a ello. Y si decimos amén a esto, tenemos que decir amén a eso, y entonces somos atrapados’ . . . No hubo tal cosa, y así ellos se robaron de lo que sus propios corazones les dijo que era la verdad; y al pelear lo que ellos sólo imaginaban, se cerraron en oposición a lo que sabían que debían haber dicho amén” (La carta de A. T. Jones a C.E. Holmes, 12 de mayo, 1921).

“Hace trece años en Minneapolis, Dios envió un mensaje a este pueblo . . . ¿Cuál ha sido la historia de este pueblo y esta obra desde ese tiempo? ¿Cuánto se ha recibido la verdad, no sólo asentimiento a ella, sino realmente recibido? Os digo que no mucho. Durante trece años esta luz se ha rechazado y resistido por muchos y están rechazando y apartándose de ella hoy” (W.W. Prescott en el Boletín de la Conferencia General, 18 de abril, 1901).

1901 es bastante tiempo después de 1888, y

W. W. Prescott hace claro que la verdad no se había aceptado hasta ese tiempo, y debido a ello, nosotros sabemos que el fuerte pregón no vino. Nótese este punto cuidadosamente. No hubo falta por parte de Dios, porque El envió el mismo mensaje necesario para producir el fuerte pregón. La falta está en el pueblo, especialmente sobre los que están a la cabeza de la obra. Al rehusar abiertamente aceptar el mensaje, y aún peor, por la oposición activa hacia él, el mensaje no halló su lugar sobre la tierra y el fuerte pregón no pudo venir.

W. W. Prescott no estaba equivocado en su evaluación de la situación tal como se mantenía aún en 1901, porque en ese mismo año la hermana White habló otra vez sobre el asunto, y presentó las mismas ideas como Prescott lo hizo. Lo que es más, ella lo expuso ante los hermanos en la asamblea de la Asociación General. Aquí están sus palabras:

“Siento interés especial en los movimientos y decisiones que serán hechos en esta conferencia, con relación a las cosas que debieron haber sido hechas años atrás, y especialmente hace diez años, cuando nosotros estábamos reunidos en conferencia, y el Espíritu y poder de Dios vinieron a nuestra reunión, testificando que el Señor estaba listo para obrar por su pueblo, si ellos hubieran entrado en el orden de trabajo. Los hermanos asintieron a la luz que Dios había dado, pero allí estaban aquellos conectados con nues-

tras instituciones, especialmente con la oficina de la Review and Herald y con la Asociación General, quienes introdujeron elementos de incredulidad, y así la luz dada no obró en ellos. Se dio aprobación, pero ningún cambio especial se hizo para motivar tal condición de cosas que el poder de Dios se pudiera revelar entre su pueblo” (*Boletín de la Conferencia General*, en la apertura de la reunión de 1901).

Que ninguno cometa el error de confundir asentimiento con la aceptación positiva. Hay una gran diferencia entre estas dos acciones.

A.G. Daniells

A. G. Daniells, otro hombre que estuvo en Minneapolis y después fue el presidente de la Asociación General durante algunos años, se expresó con estas palabras:

“La Palabra de Dios muestra claramente el camino de la justificación por la fe, y los escritos del Espíritu de Profecía amplían bien este tema, haciéndolo aun más comprensible para nosotros. En nuestra ceguera y dureza de corazón nos hemos apartado mucho de este camino y durante muchos años hemos descuidado el apropiarnos de estas verdades tan sublimes. A pesar de todo, nuestro gran Guía ha llamado durante todo este tiempo a su pueblo, para ponerse al frente de la batalla en esta gran verdad fundamental del Evangelio, de que por la fe recibamos atribuida la

justicia de Cristo a nuestros pecados del pasado, y se nos conceda la justicia de Cristo para manifestar la naturaleza divina en la carne humana” (*Cristo Nuestra Justicia*, pág. 4).

“En el año 1888 fue dado a la iglesia de los adventistas del séptimo día un muy determinado mensaje de despertamiento. Fue llamado en aquel tiempo: ‘El Mensaje de la Justicia por la Fe’. Ambos, el mensaje mismo y la forma en que fue dado causó una profunda y duradera impresión en las mentes de los pastores y del pueblo, y ni el transcurso del tiempo pudo borrar de la memoria esta impresión. Hasta el día de hoy muchos de aquellos que escucharon el mensaje, cuando fue dado, están seriamente interesados en él y preocupados con relación al mismo. Durante los largos años han conservado la firme convicción y abrigado la alegre esperanza de que a este mensaje le sería concedida algún día una gran importancia entre nosotros, y que él haría en la iglesia la obra de purificación y renacimiento para lo cual lo envió el Señor, según su creencia” (*Id.*, pág.18).

Taylor G. Bunch

En 1937, otro líder adventista erudito y profesor, escribió un libro titulado *El Exodo y el Movimiento Adventista en Tipo y Antitipo*, en el que examina toda la historia de 1888 como un paralelo con la experiencia de los hijos de Israel en su

acercamiento a la tierra prometida. En ese libro él comprueba conclusivamente que el mensaje fue rechazado en ese triste período. Su apelación se resume en este párrafo a partir de la página 107 del libro:

“Así como el antiguo Israel permaneció en Cades ‘muchos días’ antes de ser guiado de vuelta al desierto, así también el pueblo adventista permaneció por un número de años en los límites de la Canaán celestial, antes que el mensaje que los condujo allí se rechazara y se dejara de predicar. Es imposible establecer justamente cuándo el mensaje dejó de hacer su trabajo y el movimiento adventista regresó al desierto. El mensaje de la justicia por la fe se predicó con poder por más de diez años, durante lo cual la crisis de Minneapolis se mantuvo delante de los líderes. Este mensaje trajo el comienzo de la lluvia tardía. ‘El tiempo de prueba es inminente, porque el fuerte clamor del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra’ (*The Review and Herald*, 22 de noviembre, 1892). ¿Por qué no continuó cayendo la lluvia tardía? Porque el mensaje que la trajo dejó de ser predicado. Fue rechazado por muchos y pronto murió de la experiencia del pueblo adventista y el fuerte pregón murió con él. La lluvia puede comenzar otra vez solamente cuando el mensaje que la produjo sea entonces revivido y aceptado”.

Ernest D. Dick

Otro adventista prominente del séptimo día, que reconoció el rechazo y estuvo preparado para levantarse y decirlo así, fue el pastor Ernest D. Dick, secretario de la Asociación General. Mientras tenía esa posición en 1950, se le pidió dirigirse a la reunión de delegados en ese concilio ministerial, y presidió la sesión de la Asociación General en ese año. En ese sermón el viernes por la noche, el 7 de julio de 1950, él pronunció las palabras siguientes: ‘Mi deseo de responder al llamado para hablar en esta hora ha crecido de una profunda convicción, una convicción acariciada por un número de años, una convicción, primero, de que en el pasado el mensaje de la justicia por la fe no se ha arraigado y enseñado en nuestras iglesias o en nuestro ministerio evangelista como el Señor designó.

“Una convicción más es que cuando esta gran verdad sea cimentada y enseñada completamente, y sea simple y claramente presentada, producirá nueva vida en las iglesias y un nuevo poder en nuestro ministerio; sí, eso guiará a la bendición del derramamiento del Espíritu Santo, del cual el hermano Froom nos ha estado hablando con fervor, en una gran medida de lo que se ha experimentado hasta ahora. Y que esto nos introducirá en el fuerte pregón anhelado por mucho tiempo del mensaje del tercer ángel y la terminación de la obra” (*Aflame for God*, pág. 81).

“Fue el gran punto de disputa en la conferencia

general de 1888 en Minneapolis, cuando Dios buscó traer a este pueblo un mensaje y una experiencia, que, si se hubieran recibido y predicado, se habría introducido en el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel y en el derramamiento del Espíritu Santo en una nueva y abundante medida, y en la terminación de la obra. Este es el corazón del mensaje” (*Id.*, pág. 82).

Tan generalmente reconocido

Así que, A. T. Jones y la hermana White reconocieron y acusaron que el mensaje que Dios envió, no se había aceptado en su tiempo y los dos murieron sin que vieran llegar el fuerte pregón. A. G. Daniells en 1924 a 1925, presentó la misma verdad y expresó la esperanza de que el mensaje vendría otra vez y hallaría su lugar señalado por el cielo en la terminación de la obra, pero murió también sin verlo. El pastor Ernest D. Dick reconoció las implicaciones de toda la tragedia y exigió a los ministros reunidos en la sesión ministerial reconocer la necesidad, pero ellos siguieron sus caminos, no le prestaron atención, y el tiempo continuó sin que la luz se haya recogido otra vez.

El blanco principal de Satanás

En el mundo no se duda que Satanás está resuelto a que este mensaje no venga al pueblo que lo necesita muchísimo. El sabe que los que están

a la cabeza de la obra tienen que ser su blanco especial de ataque, porque si ellos aceptan el mensaje, el pueblo común los seguirá y lo aceptará, puesto que si los líderes declaran estar en tinieblas y luchan contra él, entonces tal es la confianza que el pueblo tiene en los líderes, que ellos lo rechazarán también. De este modo, él trabaja con tan grande éxito como lo leemos:

“En el corazón de la obra, Satanás usará su arte infernal a lo sumo. Buscará en toda forma posible interponerse entre el pueblo y Dios, y extinguir la luz que Dios quisiera traer a su pueblo” (*The Review and Herald*, 24 de diciembre, 1889).

“He tratado de presentar el mensaje a vosotros como yo lo he entendido, ¿pero hasta cuándo los que están a la cabeza de la obra se mantendrán apartados del mensaje de Dios?” (*The Review and Herald*, 18 de marzo, 1890).

“Si todos nuestros hermanos trabajaran unidos con Dios, no dudarían, sino que el mensaje que El nos ha enviado durante estos últimos dos años es del cielo. Nuestros jóvenes miran a nuestros hermanos de más edad, y cuando ven que ellos no aceptan el mensaje, sino que lo tratan como si no tuviera consecuencia, eso influye en los que son ignorantes de las Escrituras para rechazar la luz. Estos hombres que rehusan recibir la verdad, se interponen entre el pueblo y la luz. Pero no hay excusa por el rechazo de alguno de la luz, porque ella se ha revelado claramente” (*Id.*, 18 de marzo, 1890).

“Dios ha entregado a sus siervos un mensaje para este tiempo, pero este mensaje no coincide en todos sus detalles con las ideas de todos los dirigentes, y algunos critican el mensaje y a los mensajeros. Se atreven incluso a rechazar las palabras de reprensión que se les envían de parte de Dios por medio de su Santo Espíritu.

“¿Qué poder tiene en reserva el Señor para alcanzar a los que han rechazado sus amonestaciones y reprensiones y han considerado que los testimonios del Espíritu de Dios no provienen de una fuente más alta que la sabiduría humana?” (*Testimonios para los Ministros*, págs. 465, 466, 1890.)

¿Qué tiene que ver esto con nosotros?

Todo esto es un capítulo oscuro y triste en la historia del pueblo adventista, el cual muchos quisieran sepultar para siempre en los anales del pasado. El evento está ahora a muchos años en el pasado y todos los actores en el drama han ido a su descanso, así que la pregunta de por qué lo estamos sacando todo a la luz otra vez aquí, se podría formular.

Hay dos buenas razones. En el primer caso, se nos dice que el mensaje vendrá otra vez en la forma que el Señor escoja enviarlo, y se nos ha amonestado que cuando venga, la mayoría lo rechazará y la llamarán una luz falsa. Aquí están las palabras que dicen eso:

“El mensaje del tercer ángel no será comprendido por aquellos que se niegan a caminar en su gloria creciente, y los tales llamarán una luz falsa a la luz que iluminará la tierra con su gloria. La obra que podía haber sido hecha, será dejada sin hacer por los rechazadores de la verdad, a causa de su incredulidad. Suplicamos a vosotros los que lucháis contra la luz de la verdad, a permanecer fuera del camino del pueblo de Dios. Dejad que la luz enviada del cielo resplandezca sobre ellos con claridad y constantes rayos. Dios tendrá por responsables a vosotros a quienes esta luz ha venido, por el uso que hacéis de ella. Los que no presten atención serán tenidos responsables, porque la verdad se trajo a su alcance, pero despreciaron sus oportunidades y privilegios” (*The Review and Herald*, 27 de mayo, 1890).

“En las iglesias [adventistas del séptimo día] habrá una manifestación maravillosa del poder de Dios, pero no obrará en favor de aquellos que no se han humillado ante el Señor ni han abierto la puerta del corazón mediante la confesión y el arrepentimiento. En la manifestación de ese poder que ilumina la tierra con la gloria de Dios, sólo verán algo que en su ceguera considerarán peligroso, algo que despertará sus temores, y se afirmarán para resistirlo. Debido a que el Señor no actúa de acuerdo con sus ideas y expectativas, se opondrán a la obra. ‘Por qué —dicen— no debiéramos nosotros conocer al Espíritu de Dios, cuando hemos estado en la obra por tantos años?’

—porque no respondieron a las amonestaciones, a las invitaciones de los mensajes de Dios, sino que dijeron ‘somos ricos, han aumentado nuestros bienes, y no tenemos necesidad de nada’. Los talentos, las prolongadas experiencias, no hacen a los hombres canales de luz, a menos que ellos se coloquen bajo los rayos brillantes del Sol de justicia . . .” (*The Review and Herald Extra*, 23 de diciembre, 1890).

Una lectura cuidadosa de estas dos declaraciones muestra que cuando el mensaje regrese otra vez, será el ministerio quien se opondrá, así como fue allá en 1888. Esto puede parecer ilógico y en una forma lo es, porque éstos han de ser los hombres que debieran ser los primeros en ver la luz y proclamarla al pueblo. Pero cuando se da vuelta a las páginas de la historia, el patrón revela repetidamente que son los ministros quienes son los primeros en luchar contra la luz del cielo. Que ellos lo harán otra vez cuando este mensaje se repita por segunda oportunidad, se hace claro en las citas siguientes:

“Debido a que el Señor no actúa de acuerdo con sus ideas y expectativas, se opondrán a la obra”. ¿Quiénes son éstos que se opondrán a la obra porque ella no se conforma a sus expectativas? La respuesta está en la oración siguiente: “¿Por qué — dicen— no debiéramos nosotros conocer el Espíritu de Dios, cuando hemos estado en la obra por tantos años?”

¿Quiénes son los que han estado en la obra

durante muchos años? La respuesta es: “los hombres de experiencia”, “los principales en el ministerio”.

Así se nos advierte, primero por la experiencia en Minneapolis, y luego por el testimonio directo de Dios, de lo que nosotros podemos esperar ver que suceda cuando el mensaje regrese otra vez. Nosotros podemos ver que los ministros serán los líderes en ese rechazo y, por lo tanto, podemos saber que si hemos de recibir los benditos beneficios del mensaje, debemos investigarlo personalmente por nosotros mismos. ¡Pero cuán pocos tienen el coraje y la fe para hacer esto! ¡Cuántos siguen el curso “seguro” de asirse de la “vieja embarcación” y dejar que los líderes piensen por ellos! ¿En cuál clase estas tú hoy? ¿En la clase que deja que otros piensen todo por ella, o en la clase que no confía un asunto tan grande como su salvación eterna al juicio de otros, sino que están preparados para estudiar y aprender por ellos mismos?

Es por esta razón que nosotros debemos estar familiarizados con la historia para que no repitamos los errores del pasado y conozcamos mejor, en vez de seguir ciegamente la multitud para nuestra ruina. De hecho, el Señor exige que nosotros estudiemos la historia para este mismo propósito. El lo ordena. Esto significa que los que rehusen hacerlo, desobedecen el mandamiento directo de Dios, y recogen así las recompensas del desobediente y el transgresor. Que el Señor requiere esto se expone claramente en el testimonio siguiente:

“De igual importancia es hoy que el pueblo de Dios recuerde los lugares y circunstancias en que fue probado, en que su fe desfalleció, en que hizo peligrar su causa por su incredulidad y confianza en sí mismo . . . A medida que el pueblo de Dios repase el pasado, debe comprender que el Señor repite su trato. Debe prestar atención a las advertencias que le son dadas y guardarse de volver a caer en las mismas faltas” (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 7, pág. 201).

Confesión requerida

La segunda razón de por qué nosotros estamos investigando la historia de lo que tomó lugar en Minneapolis en 1888, es que Dios requiere que cada adventista del séptimo día confiese y se arrepienta del pecado que se cometió allí. Es verdad que ninguno de nosotros estuvimos allá en persona y, por lo tanto, no participamos personalmente en el espantoso rechazo de la verdad que contiene tan terrible demora en la venida de Cristo, pero el Señor nos exige confesarlo como si hubiéramos estado presentes. Al hacer esta fuerte declaración sólo se pide que nosotros creamos en la palabra escrita de Dios. El ha establecido las condiciones para recibir sus bendiciones con estas palabras:

“Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí; y también porque anduvieron conmigo en oposición, yo también habré andado

en contra de ellos, y los habré hecho entrar en la tierra de sus enemigos; y entonces se humillará su corazón incircunciso, y reconocerán su pecado. Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré, y haré memoria de la tierra” (*Levítico* 26:40-42).

Allí, las condiciones de la venida de Dios en la plena bendición del pacto están claramente expuestas. El no dice: “Y confesarán su iniquidad . . . entonces yo me acordaré de mi pacto”. Eso no es lo que dice. El dice: “Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres . . . entonces yo me acordaré de mi pacto . . .”

Esas son palabras de Dios y eso es lo que Dios requiere de su pueblo. Por qué lo requiere, lo veremos al continuar el estudio, pero por el momento veamos que esta es la clara palabra de Dios para nosotros hoy, así como fue siempre para Israel en el pasado. Cada uno de los grandes hombres de Dios que dirigió un reavivamiento y reforma, confesó siempre su pecado y el pecado de sus padres. Cuando el buen rey Ezequías llegó al trono para efectuar la limpieza del templo y restaurar sus servicios, su primer acto fue hacer una confesión de los pecados de sus padres. Véase *2 Crónicas* 29:3-11. El devoto Esdras, quien dirigió un gran reavivamiento espiritual en Israel durante los tempranos días de la restauración, comenzó por una confesión de los pecados de sus padres. Véase *Esdras* 9:5-15. De

igual manera, Nehemías confesó sus propios pecados y los pecados de sus padres al contemplar la condición de los israelitas en su propio tiempo. “Esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado” (*Nehemías* 1:6). Así fue también la naturaleza de la confesión de ese verdadero y gran hombre de Dios, Daniel. *Daniel* 9:3-19.

Estos hombres obedecieron el mandamiento de Dios y estupenda fue la bendición que siguió en cada caso. Si nosotros también obedecemos solamente la voz del Señor, podemos ser bendecidos. Cuando ellos confesaron sus propios pecados y los pecados de sus padres, el Señor los bendijo, y sólo al nosotros confesar nuestros propios pecados y los pecados de nuestros padres, puede el Señor bendecirnos. El peor pecado de los padres adventistas fue el rechazo del mensaje en el año 1888. Ese mensaje fue enviado para traer las más grandes bendiciones al pueblo de Dios, para introducirlo en el fuerte pregón, y para traer la segunda venida de Cristo. En ese rechazo se ha de hallar el secreto de por qué la venida del Señor se ha demorado y demorado.

Esto significa que Dios no puede regresar hasta que el fuerte pregón haya hecho su obra de dar la última amonestación al mundo. A su turno, el

fuerte pregón nunca puede venir hasta que el pueblo del Señor reciba del cielo el mensaje del fuerte pregón en teoría y en una experiencia real y viviente. Nosotros nunca podemos recibir la bendición de ese mensaje, sino hasta que hayamos confesado nuestros propios pecados y los pecados de nuestros padres al rechazarlo.

Así el problema permanece claramente delante del pueblo profeso de Dios hoy. Esto constituye una gran prueba para cada uno individualmente, para ver si realmente desea que el Señor venga pronto, para ver si está preparado para hacer su parte en apresurar ese regreso, aun si él es el único preparado para hacerlo, y para ver si él obedecerá la voz de Dios y hace la confesión y restauración que Dios requiere. Confesar los pecados de nuestros padres significa mucho más que simplemente decir las palabras de confesión. La confesión de la clase aceptable a Dios, es inseparable del verdadero arrepentimiento. Arrepentimiento es aborrecer el pecado al punto donde lo separemos, rectificando así el error del pasado y dejarlo completamente.

La razón por la que es realmente necesario para nosotros confesar el pecado de nuestros padres, es que sus pecados han llegado a ser nuestros pecados. Cuando ellos rechazaron la luz, tomaron una posición, adoptando actitudes y una manera de vida que enseñaron a sus hijos y los hijos a sus hijos. De este modo, sus pecados han llegado a ser nuestros pecados, y consecuentemente

estamos participando en su rechazo del mensaje de entonces. Así nosotros hemos de confesar el pecado de nuestra propia vida y el pecado de nuestros padres.

¿Pero, lo haremos, o añadiremos pecado a pecado y demoraremos más la venida del Señor al negarnos a estudiar esta parte de nuestra historia, a hacer plena confesión del pecado cometido en 1888, a apartarnos de la senda del rechazo en la cual nuestros padres guiaron nuestros pies, y a volvernos al mensaje que el Señor tiene todavía para nosotros hoy? Ese es el problema que afronta todo profeso hijo de Dios hoy, y lo afronta en un mundo que grita de agonía en las garras de la terrible iniquidad y sufrimiento. Mientras que nosotros demoramos, el crimen continúa más y más. Así nosotros somos criminalmente responsables por su continuación. Sólo piensa sobre el horror de las dos guerras mundiales por las cuales una humanidad sufriente pasó desde 1888, y de los terremotos, pestilencias, inanición, extorsión, vicio y crueldad. Esto nunca habría sido si el pueblo de Dios hubiera hecho su parte. La culpa de esto tiene que hallarse a la puerta de la iglesia. ¿Tenemos nosotros que continuar un curso que extienda más esta larga noche de terror y corrupción en el mundo cuando, de todas las personas en la tierra, nosotros somos los únicos que podemos hacer lo que traerá todo a un fin? Dios está esperando, esperando, esperando. ¿Tendrá que esperar para siempre?

La actitud de la Asociación General hoy

Hace cerca de cuarenta y siete años, en 1950, dos ministros adventistas del séptimo día, el pastor R.J. Wieland y el pastor D.K. Short, llegaron a estar profundamente preocupados sobre las tendencias en el adventismo. En conformidad, ellos se acercaron a los líderes en la Asociación General y les presentaron la petición de que ellos volvieran al estudio del mensaje enviado por Dios en 1888 y lo hicieron completamente disponible a los miembros. Los líderes mostraron su interés y les solicitaron que preparen todo el caso en forma escrita y luego lo sometieran a ellos para su consideración.

Los dos pastores lo hicieron. Trabajando arduamente, produjeron en corto tiempo un manuscrito conocido hoy como *1888 Re-examined*, en el cual presentaron mucha evidencia documentaria del Espíritu de Profecía y de otros quienes estaban presentes en las reuniones, para mostrar que el mensaje se rechazó, se retrasó la venida de Cristo, y motivó la seria separación del adventismo fundamental vigente. El punto principal en la presentación fue que ellos nunca podrían ser el fuerte pregón y ver la segunda venida de Cristo, hasta que hubiera una confesión y arrepentimiento de parte de todo el movimiento adventista, de sus pecados y los pecados de sus padres. Sin una sombra de duda, el Señor estaba guiando a estos dos ministros a preparar este sometimiento. Igual-

mente importante, el problema del caso real de la posición presente se estableció en términos claros delante de los hermanos dirigentes, y, tan ciertamente como lo fue, descansaba sobre ellos la responsabilidad de hacer su decisión con relación a eso. Nunca podían ser tan responsables antes, como después que ese asunto se hubo colocado ante ellos. Si rehusaban obedecer al Señor confesándose y arrepintiéndose en el momento que se colocaba ante ellos, su posición delante del Señor nunca podía ser la misma después de eso.

En la gran y maravillosa providencia de Dios, El aseguró que la respuesta de la Asociación General llegara a estar disponible a su pueblo hoy. Esa clara respuesta muestra que los líderes de la Asociación General vieron la naturaleza del problema delante de ellos. Aquí están sus palabras:

“En todo vuestro manuscrito es evidente que vosotros consideraréis que la denominación debe rectificar ciertas cosas correspondientes a 1888, y luego hacer el debido reconocimiento y confesión de lo mismo. Esto es realmente más que una sugerencia; vosotros instáis enérgicamente que este curso sea seguido. Los extractos siguientes son citados de vuestro manuscrito:

“‘Todo fracaso del pueblo de Dios en seguir la luz iluminando su camino en el siglo pasado, tiene que ser completamente rectificado por la generación presente antes de poder otorgar a la iglesia remanente cualquier vindicación divina ante el mundo’, página 2.

“‘Existe una grave cuenta delante de la iglesia remanente que arreglar. Y cuanto más rápido se afronta el problema, tanto mejor la exactitud y la candidez’, página 2.

“‘Tal consideración del asunto requerirá que esta generación reconozca los hechos del caso, y rectifique completamente el trágico error’, página 38.

“‘Luego en la página 137 vosotros escribisteis que ‘un arrepentimiento denominacional’ es esencial antes que el fuerte pregón pueda ser recibido”, páginas 8 y 9, *Carta por la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día* en respuesta al manuscrito *1888 Re-examined* por R. J. Wieland y D.K. Short, 4 de diciembre, 1951.

Su resuelta negación a confesar

Estas palabras muestran cuán claramente los hombres líderes en 1951 vieron y entendieron la petición hecha a ellos por el Señor por medio de sus instrumentos, Wieland y Short. Estos directores son hombres que pretenden ser, y son vistos, como grandes estudiantes de la palabra de Dios y profesores de religión. Nosotros esperaríamos que ellos siguieran con presteza en la obediencia de la palabra de Dios, confesaran sus propios pecados, y el pecado de sus padres, y guiaran a toda la iglesia a ese maravilloso trabajo que sólo nos puede traer el mensaje viviente de justicia, y producir el fuerte pregón y el pronto regreso de Jesús a esta tierra. Nosotros esperaríamos verlos seguir en las

pisadas del buen rey Ezequías, el ferviente Esdras, el devoto Nehemías y el noble Daniel.

Pero ellos se negaron a realizar esto, reclamando que Dios no lo quiere y que ninguno en el pasado lo hizo alguna vez. Estamos conmocionados y asombrados que hombres en tales posiciones de responsabilidad con la clara palabra de Dios delante de ellos requiriendo justamente esto, y mostrando cómo los hombres del pasado lo hicieron, pudieran negar lo que se exigía.

Pedimos que leáis sus palabras vosotros mismos:

“Nosotros no creemos que está conforme al plan y propósito de Dios que el gobierno actual del movimiento haga reconocimiento y confesión, sea privada o pública, concerniente a algunos de los errores cometidos por los líderes de una generación pasada. En los días de Israel hubo períodos de apostasía en muchas ocasiones, y en tales épocas estas desviaciones de Dios fueron realmente penosas, pero no hallamos al Señor demandando de la generación siguiente una confesión de los errores y transgresiones de la generación anterior, como una condición para otorgar sus bendiciones a su pueblo. Dios llamaba a sus hijos al arrepentimiento de sus pecados, y cuando lo hacían de todo corazón, los recibía misericordiosamente y les daba las más ricas de las bendiciones divinas

“La misma cosa es verdad, pero desde otro punto de vista, en la experiencia de los primeros discípulos de Jesús. Aun hasta el tiempo de la ascensión, ellos acariciaron conceptos equivocados del

reino de Dios, pero nosotros no hallamos al Señor pidiéndoles hacer un reconocimiento público de tales falsas concepciones de su voluntad, sea las de ellos mismos o las de los que fueron sus antecesores. Estos hombres habían gozado una experiencia única en tener un compañerismo personal con su Señor; y a pesar de esta íntima relación, fallaron en discernir muchas de las verdades vitales que les enseñó.

“Nosotros llamamos la atención a estos ejemplos, sin minimizar en ninguna manera los errores de los israelitas, o el fracaso de los discípulos de caminar en la luz progresiva, sino con el propósito de enfatizar la idea que vuestra propuesta no está de acuerdo con el plan de Dios en su trato con su pueblo.

“No necesitamos volvernos a 1888; esos días se han ido, décadas en el pasado, y en la mayoría de los casos más allá de una vida de los que ahora laboramos para Dios. Nosotros necesitamos pensar en términos de hoy, y asegurar en nuestros propios corazones, que cualquier lección que pudiera ser recogida de las experiencias pasadas de los hijos de Dios son verdaderamente aprendidas por nosotros en esta generación, para que no fallemos también en estos mismos ejemplo de incredulidad. En esta última hora no es nuestro deber relacionarnos con los errores de los líderes o creyentes de los días del pasado. Podemos con seguridad dejar a esos hermanos con el Señor a quien ellos buscaron servir. Después de todo, ¿quiénes somos para

osar arrepentirnos en favor de ellos! ¡Quién nos ha otorgado la prerrogativa para juzgarlos de modo que una confesión de nuestra parte en esta última fecha deba ser necesaria para que Dios pueda conceder sus bendiciones a su pueblo remanente! Tal enseñanza está totalmente en desacuerdo con el patrón divino, y consideramos que tal curso no pueda realizar buen propósito” (*Id.*, pág. 9).

Esa es la respuesta de ellos. Ninguno debe tener dificultad en ver que ella está en directa contradicción con la enseñanza de las Escrituras. Las Escrituras exigen que nosotros confesemos los pecados de los padres así como los nuestros, pero los hermanos niegan que el Señor demanda esto. Nosotros sabemos que la mayoría que lee esto será poseída de tal fe ciega en los hermanos a la cabeza de la obra, que los excusarán y tomará el lado de ellos, pero eso no altera el caso en el menor grado. Hechos son hechos. Verdad es verdad. Si el Señor dice que requiere que confesemos los pecados de los padres así como los nuestros, entonces esa es la verdad, aunque los líderes de la Asociación General digan que no es así. No es de admirarse que la hermana White diga: “El Señor sabe que estáis dando vuelta completamente las cosas. Seguid un poco más como habéis andado, rechazando la luz del cielo, y estaréis perdidos. ‘Y el que fuere inmundo, y no se purificare, la tal persona será cortada de entre la congregación’” (*Testimonios para los Ministros*, pág. 97).

Ninguno conocía mejor que Dios la espantosa

elección hecha para resistir a su llamado por los líderes de la Asociación General en 1951. A pesar de todo, El les daría otra oportunidad. Los escritos de Wieland y Short llegaron a estar disponibles a una escala mundial para los estudiantes devotos de la Biblia, y una agitación fuerte surgió entre las filas del adventismo. Esto exigió otra vez que los líderes hicieran una decisión con relación al mensaje.

En septiembre de 1958 ellos dieron una respuesta aún más detallada, en la cual reafirman enfáticamente su posición en oposición al mensaje de 1888. En adición a esto, dieron cada paso activo que pudieron para silenciar la agitación, y guiar a la iglesia a la más poderosa oposición hacia los que estaban preparados para estudiar y diseminar el mensaje de Waggoner y Jones. Así los líderes cumplieron las mismas profecías citadas antes con esta respuesta.

“El mensaje del tercer ángel no será comprendido por aquellos que se niegan a caminar en su gloria creciente, y los tales llamarán una luz falsa a la luz que iluminará al mundo con su gloria” (*The Review and Herald*, 27 de mayo, 1890).

“En la manifestación de ese poder que iluminará la tierra con la gloria de Dios, sólo verán en su ceguera algo que es peligroso, algo que despertará sus temores, y se afirmarán para resistirla” (*The Review and Herald Extra*, 23 de diciembre, 1890).

¡Con Cuánta exactitud, y al pie de la letra, se

han cumplido estas palabras justamente como fueron pronunciadas! Profecía es la palabra segura y ella no puede ser quebrantada. Hacemos bien estar atentos a ella.

¿Qué ahora?

El mensaje del tercer ángel tiene que triunfar. El Señor ha prometido terminar la obra y abreviarla en justicia. ¿Cómo podrá esto ser hecho cuando la iglesia que debió haber sido la primera en hacerlo, ha tomado tal posición contra el único mensaje por el cual la obra puede ser terminada, y así se ha demorado más todavía la venida de Cristo? Nosotros volvemos otra vez a la Palabra infalible de Dios para la respuesta:

“Permítame decirle que el Señor actuará en esa etapa final de la obra en una forma muy diferente de la acostumbrada, contraria a todos los planes humanos. Habrá entre nosotros personas que siempre querrán controlar la obra de Dios y dictar hasta los movimientos que deberán hacerse cuando la obra avance bajo la dirección de ese ángel que se une al tercero para dar el mensaje que ha de ser comunicado al mundo. Dios empleará formas y medios que nos permitirán ver que él está tomando las riendas en sus propias manos” (*Testimonios para los Ministros*, pág. 300).

Cuando los que están en la dirección se nieguen a tomar parte en el mensaje, el Señor acude a los humildes y honestos quienes están preparados

para seguirlo, no importa cuánto pueda ser el costo, y no importa lo que pueda ser la oposición. El usará a los que estudian la Biblia por sí mismos y la obedecen a pesar de cómo pueda ser negada en vida y palabra por los líderes de la iglesia establecida. Así es como El ha obrado en el pasado, y así es como obrará otra vez en estos últimos días.

“Hermanos, si continuáis siendo tan ociosos y mundanos y tan egoístas como antes, Dios os pasará seguramente por alto, y tomará a los que tienen menos cuidado de sí mismos, son menos ambiciosos de honores mundanales, y no vacilarán como no vaciló su Maestro, en cuanto a salir del campamento cargados de oprobio. La obra será dada a quienes la acepten, la aprecien y entretejan sus principios con su experiencia diaria. Dios elegirá a hombres humildes, que traten de glorificar su nombre y de hacer progresar su causa, más bien que honrarse y favorecerse a sí mismos. El suscitará hombres que no tengan tanta sabiduría mundanal, pero que estén relacionados con él, que busquen fuerza y consejo de lo alto” (*Testimonios para la Iglesia*, tomo 5, pág. 436).

“Los que han confiado en el intelecto, el ingenio o el talento no estarán entonces al frente de las tropas. No se mantuvieron al paso con la luz. A los que demostraron ser infieles no se les encomendará el rebaño. Pocos serán los hombres grandes que tomarán parte en la obra solemne del fin. Son autosuficientes, se han independizado de Dios, y él no puede usarlos. El Señor tiene siervos

fieles quienes se han de manifestar en la hora de zarandeo y prueba. Hay almas preciosas, ocultas por el momento, que no se han postrado ante Baal. No han tenido la luz que con deslumbrante resplandor ha brillado concentradamente sobre nosotros. Pero puede ser que bajo un exterior algo áspero y no muy llamativo se revele el brillo de un carácter cristiano genuino. Durante el día miramos hacia el cielo, mas no vemos las estrellas. Están allí, fijas en el firmamento, pero el ojo no las puede distinguir. Es de noche cuando podemos contemplar su verdadero lustre” (*Id.*, pág. 76).

No más demora

La venida del Señor se ha demorado demasiado tiempo. No tiene que demorar más. El tiempo ha llegado cuando el pueblo de Dios, como individuos, deben hacer confesión de los pecados de sus padres por el rechazo del mensaje enviado en 1888. Tenemos que ir a ese punto y tomar el mismo mensaje que se dio, estudiarlo y hacerlo una parte de la experiencia personal de nuestra vida. Entonces permitamos que ese mensaje nos guíe donde él quiere. Estemos seguros de que nos guiará en forma “muy diferente de la acostumbrada” (*Testimonios para los Ministros*, pág. 300), pero esa conducción será directamente al fuerte pregón del tercer ángel por tanto tiempo prometido y esperado. Entonces rápidamente el mensaje hará su obra en todo el mundo, se dará

la amonestación final, y el Señor podrá y vendrá por su pueblo fiel que lo espera.

¿Dónde puede hoy ser hallado el pueblo que tiene la franca honestidad de afrontar los hechos del caso como permanecen, y humildemente reconoce que las cosas han estado marchando muy equivocadamente, en vez de reclamar orgullosamente que todo está bien con la iglesia y que ella tiene que llegar segura al portal celestial? ¿Dónde están los que son suficientemente honestos para admitir que si la iglesia hubiera aceptado el mensaje en 1888, y después de eso hubiera predicado el verdadero mensaje de justicia por la fe, el fuerte pregón habría llegado antes de esto, la obra habría terminado hace mucho tiempo, y todos los justos estarían ahora en el reino? ¿Dónde están los verdaderos que de nada se preocupan sino de la venida del reino de Dios, quienes reconocerán que el explícito testimonio de la historia declara que tan ciertamente como el fuerte pregón no ha llegado, entonces tan ciertamente podemos saber que la iglesia no aceptó el mensaje de entonces y que no lo tiene hoy? ¿Y dónde están los dedicados y valientes que están preparados para hacer algo acerca de ello, que no tienen que esperar que la multitud y sus dirigentes entren en línea, sino que prestarán atención al llamado de Dios de la hora?

Conózcase que el Señor tiene en este mismo momento una compañía de fieles quienes están decididos a encontrar y conocer por ellos mismos ese mensaje salvador, en su pureza y verdad, y convi-

dar a todos los demás a venir y recibirlo también. La hora está atrasada y no hay tiempo que perder. Ese mensaje no se ha perdido o disipado de este mundo, como los líderes lo hubieran deseado. Cier- to, él ha sido ocultado por mucho tiempo, pero ahora ha salido otra vez a la luz. Pero recuerda que en tu búsqueda no hallarás este mensaje en las grandes iglesias establecidas, más que en el pasado.

“Los grandes dirigentes del pensamiento religioso de esta generación hicieron sonar las alabanzas y edificaron los monumentos de aquellos que plantaron hace siglos la semilla de la verdad. ¿No se vuelven muchos de esta obra para pisotear el crecimiento que brota de la misma semilla hoy en día? Se repite el antiguo clamor: ‘Nosotros sabemos que a Moisés habló Dios, mas éste [Cristo en la persona del mensajero que envía] no sabemos de dónde es’ (*Juan 9:29*). Así como en los primeros siglos, las verdades especiales para este tiempo se hallan, no en posesión de las autoridades eclesiásticas, sino de los hombres y las mujeres que no son demasiado sabios o demasiado instruidos para creer en la palabra de Dios” (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 57).

Que cada lector esté preparado para llegar a ser tal hombre, que no es demasiado educado o demasiado sabio para creer la palabra de Dios. Si tú lo eres, entonces serás de los que, por su creencia y por sus acciones, no estarán demorando, sino apresurando la venida del Señor. “Sí, ven, Señor Jesús”.

Para un estudio adicional recomendamos los libros siguientes:

De la Esclavitud a la Libertad	F. T. Wright
Los Vivos y los Muertos	F. T. Wright
Confesión Aceptable	F. T. Wright
Justicia Viviente y el Sábado de Dios	F. T. Wright
Los 144.000	F. T. Wright
Los Tres Templos.	F. T. Wright
La Iglesia de Dios no Es Babilonia	F. T. Wright
Afrontando el Juicio — ¿Estas Listo?	F. T. Wright
Yo Pienso Como un Hombre	F. T. Wright
Justificado — por Fe	F. T. Wright
Ved Aquí al Dios Vuestro	F. T. Wright
Reposo del Sábado de Dios.	F. T. Wright
Salvación del Niño	F. T. Wright
Reavivamiento y Reforma	F. T. Wright
Los Siete Angeles	F. T. Wright
El camino Consagrado a la Perfección Cristiana	A. T. Jones
Individualidad en Religión.	A. T. Jones
Carta a los Romanos	E. J. Waggoner

Estos libros están también disponibles en otras lenguas:
inglés, alemán, francés, portugués y rumano.